

605-606 OPUSCULO TRIGÉSIMO QUINTO. SOBRE LAS IMÁGENES DE LOS PRÍNCIPES DE LOS APÓSTOLES.

ARGUMENTO.

Explica la razón por la cual el apóstol Pablo se representa a la derecha y Pedro a la izquierda en las imágenes, debido a que Pablo es de la tribu de Benjamín, que en latín se interpreta como "hijo de la derecha"; y demuestra que este nombre le conviene perfectamente. También menciona muchas prerrogativas del mismo Pablo. Finalmente, expone por qué la Iglesia de Jerusalén, aunque en ella Cristo sufrió, no es la cabeza de todas las Iglesias.

Al señor DESEO, abad de santa conversión [conversación], y al religioso convento, PEDRO, pecador monje, en el Señor servidumbre.

Cuando supe que el señor Martín se dirigía hacia ustedes, ordené inmediatamente al notario que tomara nota. Pero como durante todo el ciclo cuaresmal, viviendo familiarmente contigo, venerable padre, discutimos en voz viva lo que parecía necesario tratar y comunicar, y lo hicimos repetidamente; ya no encuentro qué nuevo podría escribirte, considerando que todo lo necesario ya se ha discutido en nuestras conversaciones. ¿Qué haré entonces? ¿Acaso, habiendo comenzado a hablar, me quedaré en silencio de manera tonta por falta de material?

[SOBRE LAS IMÁGENES DE LOS PRÍNCIPES DE LOS APÓSTOLES.]

CAPÍTULO PRIMERO. Por qué Pedro se coloca a la izquierda y Pablo a la derecha en las imágenes.

Pero mientras observo la mano del escritor armada con la pluma y equilibrada para escribir como de costumbre, se me ofrece un tema dulce sobre el cual mi mente se siente provocada a discutir con entusiasmo. A través de esta mano derecha del notario, de repente me viene a la mente lo que tú mismo me has preguntado muchas veces: ¿Por qué en las imágenes de las pinturas en todas las provincias adyacentes a Roma, Pedro, que es el primero, se coloca a la izquierda, mientras que su coapóstol Pablo se coloca a la derecha? Según el sentido común, el orden de las cosas exigiría que Pedro, quien es el príncipe del senado apostólico, ocupe el lado derecho del Señor, y Pablo, que es más joven, posea justamente el lado izquierdo. Pero es muy difícil pensar que un orden tan ilustre y famoso de disposición apostólica haya sido admitido de manera descuidada e inconsiderada por la devota y religiosa antigüedad dedicada a Dios. No se puede creer que el emperador Constantino, o más bien el papa Silvestre, y después de ellos los príncipes y sacerdotes vigilantes y diligentes en la disciplina eclesiástica, consideraran que este orden de tan grandes príncipes debía ser descuidado, si lo consideraran digno de corrección. Para que el orden de esta santa historia no parezca desordenado, lo que nos parece, se lo haremos saber brevemente a su santidad.

¿Quién duda de que Pablo era de la tribu de Benjamín? Benjamín, en hebreo, se llama en latín "hijo de la derecha". ¿Qué tiene de extraño, entonces, que se coloque a la derecha quien hereda el nombre de la derecha por derecho paterno? En verdad, para que esa antigua historia parezca claramente adecuada al bienaventurado Pablo, no sin razón la Escritura dice: "Porque al salir el alma de Raquel por el dolor, y ya cercana la muerte, llamó al nombre de su hijo Benoni, es decir, hijo de mi dolor (Gén. XXXV)." Pero su padre lo llamó Benjamín, es decir, hijo de la derecha. Por Raquel, que se dice oveja o principio de visión, se designa no sin razón a la Iglesia. Que ciertamente vive inocentemente como una oveja y, a través del estudio de la contemplación, arde profundamente por ver la figura de su Redentor. Quien a los judíos

que lo buscaban dijo: "Yo soy el principio, el que también os hablo (Juan VIII)." Cuando Benjamín nace, su madre Raquel muere; cuando Saulo se acerca a la luz de la nueva regeneración, la Iglesia es cruelmente atacada por él en persecuciones, como Lucas dice en los Hechos de los Apóstoles: "Saulo devastaba la Iglesia, entrando en las casas y arrastrando a hombres y mujeres, los entregaba a la prisión (Hechos VIII)." Por lo tanto, Raquel llama a Benoni, es decir, hijo de mi dolor, a quien Jacob llama Benjamín, es decir, hijo de la derecha; porque Pablo, que fue el dolor de la madre Iglesia, quien de alguna manera la mató al atacarla mientras nacía, fue llamado hijo de la derecha por Dios Padre, cuando a través de él la potencia divina luchó contra las naciones como si fuera su fuerte mano derecha, lanzó valientemente los dardos de las palabras, infligió saludables heridas en los corazones, y a través de él, con los enemigos vencidos y postrados, triunfó con gloria. De ahí que el mismo Pablo diga a los Gálatas: "Pero cuando agradó a aquel que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que lo predicara entre los gentiles, no consulté enseguida con carne y sangre (Gál. II)." No sin razón, entonces, Pablo es llamado hijo de la derecha, a través de quien toda la multitud de las naciones, que ha de ser colocada a la derecha de Dios, se reúne en los sacramentos de la fe. Armado ciertamente con la palabra de Dios, que es la espada del Espíritu (Efes. VI), hasta el día de hoy y hasta el fin del mundo lucha contra la rabia de todos los vicios y espíritus inicuos, y como la mano fulminante de Cristo, con las espadas del elocuente celestial, corta las rígidas cervices de los que resisten a Dios. Por lo tanto, Pablo ocupa dignamente el lado derecho junto al Redentor, quien no se duda que ejerce la virtud de la mano derecha divina. ¿No se confiesa de alguna manera ser la mano derecha de Dios luchando contra el diablo, cuando dice: "Yo, pues, corro así, no como a la incertidumbre; así peleo, no como quien golpea el aire (I Cor. IX)?"

CAPÍTULO II. Se narran las prerrogativas de Pablo.

Pablo fue arrebatado al tercer cielo (II Cor. XII), donde también escuchó palabras secretas que no es lícito a los hombres pronunciar. ¿Quién no sabe que la vida terrena significa la izquierda, mientras que la celestial significa la derecha, como dice la esposa en el Cantar de los Cantares: "Su izquierda esté bajo mi cabeza, y su derecha me abrace (Cant. II)?" Se dice que la izquierda está bajo la cabeza, porque la vida presente es despreciada y pisoteada bajo la mente de cualquier elegido, que sin duda es la cabeza de los pensamientos. La esposa se dice abrazada por la derecha de Dios, porque cuando el alma fiel y santa se enciende con el fuego ardiente de su Creador, es como si fuera envuelta por ciertos abrazos divinos. Quien, aún rodeado por la fragilidad de la carne, se sabe que ha ascendido a la vida celestial, correctamente se le llama hijo de la derecha. Este Hijo de la derecha, Dios omnipotente lo extiende siempre como su propia mano derecha por toda la extensión del mundo, y a través de él reúne a los pueblos de la adopción en la unidad de la fe. Este agricultor supremo mueve su mano derecha por toda la era de su Iglesia, y a través de ella ventila las cosechas espirituales, para que los granos purificados del trigo místico sean introducidos en los graneros celestiales. Esta mano derecha suya Dios la extiende aquí y allá, mientras Pablo recorre todo el orbe de la tierra para reunir a las naciones en el sacramento de la fe. Porque cuanto más arde en caridad, tanto más se mueve de un lugar a otro. 608 Desea pasar de unos a otros, porque el estímulo de la caridad que lo llena lo impulsa. Lejos de los romanos, escribe: "Hago memoria de vosotros siempre en mis oraciones, rogando que de alguna manera, al fin, por la voluntad de Dios, tenga un próspero viaje para ir a vosotros. Porque deseo veros (Rom. I)." Retenido en Éfeso, escribe a los corintios: "He aquí que estoy preparado para ir a vosotros por tercera vez (II Cor. XXII)." Nuevamente, permaneciendo en Éfeso, habla a los gálatas, diciendo: "Quisiera estar con vosotros ahora, y cambiar mi voz (Gal. IV)." También, encerrado en la prisión de Roma, porque no se le permite ir por sí

mismo a los filipenses, promete enviar a su discípulo, diciendo: "Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo esté de buen ánimo al saber lo que hay de vosotros (Filip. II)." Incluso atado con cadenas y retenido en Éfeso, escribe a los colosenses: "Porque aunque estoy ausente en cuerpo, sin embargo, estoy con vosotros en espíritu (Col. II)." He aquí cuánto se consume el corazón apostólico en el fuego del amor fraterno, cuánto se constriñe por el deseo de trabajar por la salvación de las naciones. Aquí se retiene en cuerpo; allí se lleva en espíritu: y el afecto del amor paterno lo extiende a los presentes, lo ofrece a los ausentes. A los que están presentes les muestra obras, a los que escuchan les expresa votos. Eficazmente está presente con aquellos con quienes no está: y no está ausente con aquellos con quienes está. Conocemos mejor su amor si consideramos sus palabras a los corintios. Dice: "Iré a vosotros cuando haya pasado por Macedonia; porque pasaré por Macedonia, y tal vez me quedaré con vosotros, o incluso pasaré el invierno (I Cor. XVI)." ¿Qué es lo que lo hace dividirse tan ansiosamente por tantos lugares, sino que está constreñido por una sola caridad hacia todos? Porque la caridad, que dividida suele unir, obliga a un solo corazón de Pablo a dividirse por muchos. Sin embargo, cuanto más ardientemente se recoge en Dios, más ampliamente se esparce por santos deseos. Predicando, Pablo quiere decir todo a la vez, amando quiere ver a todos a la vez; porque permaneciendo en la carne quiere vivir para todos, y pasando de la carne a través del sacrificio de la fe quiere ser útil para todos. No es de extrañar si el predicador ilustre arde más fervientemente en la caridad fraterna, si sobreabunda en él la abundancia del verdadero amor por encima de todos los mortales; ya que la fuente de la vida, que lo llama vaso de elección (Hechos IX), ha decidido fluir abundantemente en él, y se ha dignado regarlo incomparablemente con los manantiales de sus sacramentos. De ahí que diga: "¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (II Cor. XIII)."

CAPÍTULO III. Pablo está adornado con un privilegio admirable por encima de todos los demás.

Esto claramente el Salvador del mundo concedió al B. Pablo por el privilegio de una gracia singular, que no otorgó a ningún mortal después del misterio de su Encarnación. Porque después de que la bienaventurada y divina humanidad del Redentor fue elevada al asiento de la majestad paterna, para que ya no estuviera corporalmente entre los hombres, sino que presidiera más bien sobre las virtudes celestiales, no a través de un maestro, sino especialmente por sí mismo, lo enseñó eficazmente, y le delegó todos los misterios de sus obras, de modo que no solo no necesitara en absoluto la enseñanza de sus predecesores, sino que además los superara en la profundidad de toda sabiduría celestial. Por eso el primer apóstol Pedro admira su sabiduría, diciendo: "Nuestro querido hermano Pablo, según la sabiduría que le fue dada, os ha escrito; como también en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas, en las cuales hay algunas difíciles de entender, que los indoctos e inestables tuercen (II Pedro III)." Que en el aprendizaje de los misterios de la doctrina evangélica no tuvo a ningún hombre como maestro, sino a Dios especialmente como preceptor, lo testifica él mismo, quien al principio de su Epístola a los Gálatas dice: "Pablo apóstol, no de hombres, ni por hombre; sino por Jesucristo y Dios Padre, que lo resucitó de los muertos (Gál. I)." Porque la fuente de la vida eterna, como un torrente inmenso, se sumergió completamente en el vaso de su elección, que en los demás apóstoles derramó los manantiales de su sabiduría a través de largos intervalos de tiempo. Y poco después: "Os hago saber, hermanos, que el Evangelio que fue predicado por mí no es según el hombre; porque yo no lo recibí de hombre, ni lo aprendí, sino por revelación de nuestro Señor Jesucristo (Ibid.)." Lo que el Señor enseñó a Pedro a través de muchos argumentos mientras aún era mortal, todo esto lo mostró de repente al bienaventurado Pablo, ya constituido en la

gloria de la majestad paterna. Como si un maestro, mientras es privado, enseñara a sus discípulos, pero después de ascender a obtener los cetros del imperio real, apartando a las multitudes de clientes, eligiera a uno entre muchos, a quien instruir más noblemente.

Para que el discurso regrese a donde comenzó, cuando el B. Pedro se coloca a la derecha, se honra su primacía, que obtuvo entre los demás apóstoles. Pero cuando Pablo ocupa el lugar del mismo lado derecho, en Benjamín, de quien es hijo, resuena el sacramento de la figura mística. Aunque esto tampoco carece de misterio, que el B. Pedro ocupe el lado izquierdo del Señor. Por él se significa la vida activa. Y así como la vida contemplativa se expresa por la derecha, la activa se expresa por la izquierda. Que por el B. Pedro se figure la vida presente, es decir, la activa, se demuestra principalmente en que, como la historia evangélica testifica frecuentemente, Pedro ama al Señor más que todos sus condiscípulos (Juan XX); y el Señor no a Pedro, sino a Juan le otorga más bien la prerrogativa de una especialísima dilección (Juan XIII). Por Juan se significa la vida contemplativa, por Pedro, como se ha dicho, la activa. Porque todos los santos en esta vida, a semejanza de Pedro, aman más a Dios, y como si fueran menos amados; mientras soportan duras molestias laborales por él, aún circundados por la carne mortal, no alcanzan su dulzura en sus abrazos. Aquellos que ya están con Dios, en esto lo aman de alguna manera menos, y son más amados; mientras no sienten por él ninguna tormenta de trabajos, y sin embargo disfrutan de las delicias de su íntima familiaridad. No es de extrañar, entonces, si el B. Pedro a veces parece ocupar la parte izquierda, quien 610 también contiene la figura de la vida activa según la autoridad de las Escrituras.

CAPÍTULO IV. Por qué el B. Pablo no tiene una cátedra propia.

Una cosa parece notable en el B. Pablo, porque mientras todos los apóstoles distribuidos por las regiones de la tierra tienen sus propias cátedras, él, al no tener ninguna especialmente, parece de alguna manera presidir comúnmente sobre todos. (Ver escolios al final del opúsculo.) Claramente porque él fundó la Iglesia universal en todo el orbe de la tierra, es digno que así como sembró la semilla de la fe en todos, así también tenga el derecho de presidir sobre todos. Dice a los corintios: "Por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no fue en vano en mí, sino que trabajé más abundantemente que todos ellos; no yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV)." A los romanos dice: "Tengo, pues, gloria en Cristo Jesús para con Dios, en la obediencia de los gentiles: de palabra y de hecho, en virtud de señales y prodigios, en virtud del Espíritu Santo; de modo que desde Jerusalén y por los alrededores hasta Ilírico he llenado el Evangelio de Cristo. Así he predicado este Evangelio, no donde Cristo ha sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno; sino como está escrito: Aquellos a quienes no se les ha anunciado de él, verán; y los que no han oído, entenderán (Rom. XV; Isa. LII). Esta es, pues, la razón por la cual Pablo no tiene una cátedra especial, porque si nos atrevemos a comparar lo menor con lo mayor, a semejanza de Cristo, salvando el derecho de los demás apóstoles, parece presidir sobre todas las Iglesias.

Por otra parte, en cuanto al sentido común, dado que el Señor sufrió en Jerusalén, no debería ser la Iglesia Romana, sino más bien la Iglesia de Jerusalén la que presidiera sobre todas las Iglesias; sin embargo, con la autoridad de los cánones, la Iglesia Romana ocupa el primer lugar, la Alejandrina el segundo, la Antioquena el tercero, la Constantinopolitana el cuarto, y la de Jerusalén ya el quinto: está claro que el Señor Salvador no preside con derecho especial sobre una cátedra en particular, sino que universalmente preside sobre todas como un solo pastor. Por lo tanto, está claro que el orden de las Iglesias está dispuesto según el privilegio de Pedro, no según la incomparable excelencia del Redentor. Porque lo que todos los apóstoles obtienen según la medida de la gracia del don conferido, Cristo lo posee todo por el

imperio de su majestad natural. Por lo tanto, si se me permite decirlo, Pablo tiene una cierta similitud con Cristo, ya que no preside sobre una sola Iglesia, sino sobre todas. No sin razón, entonces, el B. Pablo ocupa el lado derecho en las imágenes, ya que no solo lo exige la mayor abundancia de frutos, sino también el sacramento de la inteligencia figurativa. El ánimo aún desea escribir más sobre este tema, pero el portador de las cartas, que se apresura a llegar a ustedes, mientras preferiría volar que correr, no me permite tener siquiera las mínimas demoras para escribir. Que la divina clemencia les conceda, amadísimos, que su santa fraternidad no deje de orar por mí.

611 ESCOLIOS.

Claramente porque él (Pablo) fundó la Iglesia universal en todo el orbe de la tierra, es digno que así como sembró la semilla de la fe en todos, así también tenga el derecho de presidir sobre todos. En esta Epístola, el beato Pedro Damián parece atribuir demasiado a Pablo: aunque son verdaderas las cosas que refiere sobre los hechos de este Apóstol, deben ser entendidas con cautela; porque el pastor de todo el orbe y príncipe es solo Pedro, no Pablo. Por lo tanto, es cierto el elogio que la Iglesia le atribuye, cuando dice: predicador en todo el mundo; "es cierto lo que él mismo afirma: (Mi insistencia diaria, la preocupación por todas las Iglesias (II Cor. XI)." Pero sin embargo, ese honor que a primera vista el cardenal Damián otorga a San Pablo, es más seguro que corresponde a San Pedro, de quien el Gran León (epístola a Anastasio de Tesalónica) dice: "Entre los bienaventurados apóstoles, en la similitud del honor, hubo una cierta distinción de poder; y aunque la elección de todos era igual, a uno se le dio que sobresaliera sobre los demás: de esta forma, también surgió la distinción de los obispos." San Juan Crisóstomo (hom. 87 en Juan): ¿Por qué, dejando de lado a los demás, se dirige solo a Pedro? Era la boca de los apóstoles, y el príncipe, y la cabeza de su grupo; por eso también Pablo subió a verlo antes que a los demás. Así que entenderemos a Damián según la mente del gran Gregorio (GREG. en lib. I Reg., cap. 4), que en lo que respecta al oficio apostólico de predicar el Evangelio y perdonar los pecados, consideremos que todos los apóstoles, no solo Pablo, fueron enviados al mundo entero, con una cierta subordinación de Pedro, quien fue puesto al frente del rebaño universal, como enseña San Cipriano sobre la unidad de la Iglesia, y en la epístola 55 al papa Cornelio.

Bendito sea el nombre del Señor.